

DOMINGO VI DE PASCUA (CICLO A)

Nos estamos acercando al final de la Cincuentena Pascual; el domingo, que viene, VII de Pascua, celebramos la Ascensión del Señor. La riqueza de este tiempo pascual es grande y variada, más para festejar, recordar, que para sintetizar en moldes conceptuales, aunque éstos ayudan mucho y son como el cauce, por donde corre el gozo espiritual.

Lectura Primera: Hechos 8, 5-8. 14-17.

Los versículos 5-8 nos narran el Anuncio del Evangelio en Samaría por parte del diácono Felipe.

Quizá sea conveniente la presentación de este “evangelista”.

El protagonista de este episodio y los siguientes es Felipe, uno del grupo de los siete (Hch 6, 1-7), que vivía en Cesarea y ejercía el ministerio de evangelista: *“Al siguiente partimos y llegamos a Cesarea; entramos en casa de Felipe, el evangelista, que era uno de los Siete, y nos hospedamos en su casa.*

Tenía éste cuatro hijas vírgenes que profetizaban.” (Hch 21, 8-9).

La evangelización de Samaría brota, como la de Antioquía, de la persecución y va acompañada de prodigios y reacciones semejantes a las que suscitó la predicación de los apóstoles; de este modo se subraya que el mismo Espíritu que guió la predicación de los apóstoles es el que guía el testimonio de Felipe.

Quizá sea iluminador el recordar la figura de Simón, el Mago, aunque la Liturgia no lo hace; pero es como el trasfondo para entender la actuación de Felipe.

La magia había sustituido a la religión en amplios sectores del imperio romano, lanzados a la búsqueda de una salvación que no encontraban en la religión oficial. El cambio de actitud de los habitantes de Samaría cuando Felipe les anuncia el evangelio indica que la buena noticia del Reino y de Jesucristo es el único camino de salvación. La fe y la conversión quedan selladas por el bautismo, pero en la visión unificadora de Lucas es necesario que la evangelización de Samaría sea confirmada por la presencia de los doce apóstoles, a través de los cuales desciende el Espíritu Santo y se prolonga el acontecimiento de Pentecostés.

Igual que a Esteban, la tradición presenta a Felipe como carismático: *“y en saliendo del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y ya no le vio más el eunuco, que siguió gozoso su camino”* (Hch 8, 39). Seguramente se trata de una caracterización general de los primeros “helenistas” de Jerusalén.

La actuación de Felipe consiste en predicar, acompañando su predicación con la realización de señales. Lo que se subraya es la predicación; las señales van aparte. La gente “escucha” la Palabra y “ve” las señales.

Los prodigios que se mencionan son las clásicas expulsiones de demonios y curaciones de parálíticos y lisiados

La enorme publicidad- de hecho, la ciudad entera estalla de alegría- parece que se debe, en primer lugar, únicamente a los prodigios realizados. De momento no se hace la más mínima mención de la fe de los samaritanos, aunque debemos admitir que también esta aceptación es debida al contenido del mensaje.

La Liturgia de la Palabra no hace mención de los cinco versículos siguientes al 8. Al llegar al versículo 14, el relato se interrumpe bruscamente, para entremezclar un nuevo episodio. Pedro y Juan vienen de Jerusalén, como delegados de los apóstoles, para incorporar en la comunidad de la Iglesia, por medio del don del Espíritu, a los samaritanos recién bautizados

No transcribo los textos, puesto que son conocidos; solamente me limito a un breve comentario.

Lucas introduce la figura de Pedro, que completa, con el don del Espíritu, el bautismo administrado por Felipe.

17. El modo en que se produce la donación del Espíritu parece reflejar una práctica bautismal con la que Lucas está bien familiarizado. El ministro del bautismo pronunciaba una oración y mientras tanto imponía las manos al bautizando. La venida del Espíritu se concibe como una experiencia exultante que se manifiesta, sobre todo, en hablar en lenguas: *“pues les oían hablar en lenguas y glorificar a Dios. Entonces Pedro dijo”* (Hch 10, 46). La intención de Lucas al introducir este episodio, es confirmar la legitimidad de la misión de Felipe.

Es consolador cómo la Iglesia se va abriendo camino; esto no es obra solamente de los hombres, sino de Dios, mediante su Espíritu.

El estribillo del salmo responsorial está muy bien elegido: *“Aclamad al Señor, tierra entera”*. La universalidad es parte constitutiva del mensaje de Salvación. Si Dios no es universal, no es el verdadero Dios.

Segunda lectura: 1 Pe 3, 15-18

Antes de comenzar a comentar estos versículos es conveniente recordar algunas afirmaciones, que nos irán iluminando en la explicación de los mismos

Cristo no solo es Salvador, sino modelo de los cristianos. La Primera carta de San Pedro acentúa más el aspecto modélico que soteriológico. Aunque tenemos que decir que si los cristianos aceptamos a Cristo como modelo es porque nuestro Salvador. La Salvación vendrá a nosotros por los caminos marcados por el Señor; caminos de gratuidad y caminos de ejemplaridad, de hacer lo que el Señor hizo.

Por eso, comportarse bien y tener que sufrir, lejos de ser cosas incompatibles, constituyen en los misteriosos designios de Dios un binomio inseparable, que nunca debemos olvidar. Aspecto muy desarrollado en esta Carta, pues está dirigida a una comunidad, que está sufriendo y muy mucho.

El pasaje 1 Pe 3, 18-22 forma parte de un primitivo “credo” de origen bautismal. Esta profesión de fe tiene como finalidad ayudar a comprender y justificar el sufrimiento del cristiano inocente (1 Pe 3, 13-17). El modelo a seguir es Cristo que ha incorporado hasta las últimas consecuencias la condición natural de los hombres. Precisamente desde esta solidaridad con los hombres, Cristo ha podido realizar una liberación total

El autor aborda aquí, en forma más resuelta y radical el tema principal de la carta, a saber, las diversas ideas prácticas y teológicas sobre el “sufrimiento” y la “esperanza” de los cristianos.

El texto alinea brevemente varios aspectos del problema del sufrimiento en forma de pregunta, información o invitación, que en estos u otros términos semejantes ya habían aparecido en otros lugares de la carta. Sintetizamos el mensaje de estos textos. *Los cristianos son invulnerables en el fondo* (v. 13); *lo que ellos tienen que experimentar constituye su felicidad* (v.14); *no pueden ocultar su esperanza,*

sino que deben “dar respuesta” a todo el que pregunte por ella (v. 15); *con su conducta deben demostrar la sinrazón de la agresión contra ellos* (v. 16); *hay un sufrimiento que no debe causar infelicidad ni angustia ante Dios* (v. 17).

Me atrevo a sugerir que quizá hubiera sido mejor también incluir los versículos 13-14 en la elección litúrgica, como hace la Biblia, pues así comprendemos mejor los versículos 15-17.

El autor retoma aquí con una mayor intensidad y también de modo más coherente que hasta ahora el tema “*esperanza en el sufrimiento*”, y esta vez no en forma de instrucción teológica (como en el v. 18), sino como promesa de consuelo. Hay que tener en cuenta, para la exégesis, que todo lo que se dice en la carta hay que leerlo sobre el fondo de los “sufrimientos” vividos de las comunidades. Estas comunidades, como decíamos, están sufriendo mucho en su entorno con los incrédulos. No es fácil proponer un programa de vida a una sociedad, que vive de otro modo.

La pregunta del v.13 “¿Quién os hará mal si buscáis con entusiasmo el bien?” (basada probablemente en Is 50,9) tiene la función de suscitar una visión optimista y esperanzadora. Las actitudes hostiles y la violencia contra los cristianos no pueden dañar ni destruir realmente mientras los afectados “obren bien” y estén motivados por una esperanza, que rompe los moldes de este mundo. Al cristiano no le mueve solamente la honradez de la “ejemplaridad” (si así fuera, el cristiano se cansaría de ser modélico), sino el deseo, el gozo ya presente de una esperanza futura, percibida a sorbos ya aquí.

Comportamiento positivo del cristiano y no solo comportamiento de aguante. 15 “Al contrario, dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza.”

El texto trata de apaciguar el temor de las comunidades a los adversarios, utilizando los términos que sirvieron antaño para tranquilizar a Israel en su angustia ante los reyes asirios. Este versículo 15 procede de: “A *Yahveh Sebaot, a ése tened por santo, sea él vuestro temor y él vuestro temblor.*” (Isaías 8, 13)

La entereza y la serenidad ante la ferocidad de los enemigos son dos virtudes que fueron muy elogiadas por la literatura martirial de la Iglesia antigua. 1 Pe se halla en la primera fase de esa literatura.

El ideal veterotestamentario de “respetar la santidad del Señor” encuentra aquí una versión cristológica: “*si es que = habéis gustado que el Señor es bueno. =*

Acercándoos a él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida, preciosa ante Dios” (1 Pe 2, 3s) y pasa a ser una fórmula de la ética de 1Pe.

Al hablar del “corazón” del hombre, el pseudo-Pedro pone la nota de sinceridad e intensidad con que el cristiano ha de vivir su vida.

En este v. 15 no es fácil conocer la situación que el texto contempla en lo relativo a las preguntas de los no-cristianos sobre la esperanza de los cristianos y al tipo de reacción cristiana a tales preguntas.

Las palabras “*cuenta o razón*” y “*respuesta*” pueden expresar una explicación razonada a los interesados en el tema de la fe o la esperanza.

En una situación de calumnia y difamación, el eventual sufrimiento y la renuncia a la revancha: “*No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición*” (1 Pe 3, 9) no eran suficientes en todos los casos. Se exigía además (no en sustitución de lo anterior) la confesión pública de la fe. El texto exige expresamente la disposición a dar una respuesta a la pregunta sobre la esperanza (= fe). Se encomienda aquí a cada cristiano dar razón de la esperanza.

16. Pero con dulzura y respeto y con buena conciencia. De ese modo, aquello mismo que os echan en cara servirá de confusión a quienes critican vuestra buena conducta en Cristo.

Siguen unas directrices adicionales sobre el “estilo” de dar razón a respuesta a la pregunta por “vuestra esperanza”. Es significativo que se exhorte a un modo de conducta conciliador, no agresivo.

Sobre la esperanza hay que hablar (en talante evangelizador) en los términos que corresponden al talante pacifista de no-violencia y de renuncia a la revancha propio de 1 Pe (2, 23; 3, 9).

Para 1 Pe, el discurso de la esperanza cristiana debe llevar en sí el sello del ser cristiano.

Además, el informe sobre la esperanza debe darse “con buena conciencia”, lo cual sólo puede significar en el lenguaje de 1 Pe que la profesión cristiana se realiza obrando bien.

La segunda mitad del v. 16 “*Así, quienes hablan mal de vuestro comportamiento como cristianos, se avergonzarán de sus calumnias*” vuelve a hablar del efecto de la conducta cristiana; ésta da testimonio por sí misma de la calidad moral de la vida cristiana e invalida las imputaciones.

El dar razón de la esperanza “con dulzura y respeto” tiene, en todo caso, la finalidad, según 1 Pe, de refutar acusaciones injustas lanzadas contra los cristianos y, por tanto, de presentar el cristianismo en términos verídicos.

El autor no especifica aquí las acusaciones de que eran objeto, pero sí lo hace quizá 4, 15: “*Que ninguno de vosotros tenga que sufrir ni por criminal ni por ladrón ni por malhechor ni por entrometido*”

17. Pues es mejor padecer por obrar el bien, si ésta es la voluntad de Dios, que por obrar el mal

Podría ser una especie de aforismo: mejor es sufrir por las buenas obras que por las malas. Aforismo, que abarca la conducta de los grandes pensadores, buscadores de la verdad.

Decía Cicerón: “*más vale sufrir la injusticia que cometerla*”.

La idea del v. 17 aparecía ya en 2, 20b: “¿Pues qué gloria hay en soportar los golpes cuando habéis faltado? Pero si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios.”

1Pe reitera varias veces la referencia al ejemplo del Cristo paciente y busca también la perspectiva del juicio de Dios: “Porque ha llegado el tiempo de comenzar el juicio por la casa de Dios. Pues si comienza por nosotros, ¿qué fin tendrán los que no creen en el Evangelio de Dios? Si el justo se salva a duras penas ¿en qué pararán el impío y el pecador?”

De modo que, aun los que sufren según la voluntad de Dios, confíen sus almas al Creador fiel, haciendo el bien.” (4, 17s).

Los vv. 13-17 abordaron la posibilidad de superar el sufrimiento en una línea optimista, y este discurso tiene que ampliarse a nivel teológico. 1 Pe da como respuesta con todo el cristianismo primitivo el argumento cristológico: “Pues también Cristo padeció...” (v. 18)

La lógica de este argumento, que aparecía desarrollada ya en 2, 21-24, reaparece en 4, 1. “Ya que Cristo padeció en la carne, armaos también vosotros de este mismo pensamiento: quien padece en la carne, ha roto con el pecado” y forma el núcleo de la carta y de su pastoral.

El autor utiliza diversos esquemas cristológicos de la tradición paleoeclesial, y coincide así el argumento de 2, 21 con el de 3, 18a

“Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas” (2, 21). “Pues también Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el espíritu” (3, 18).

18. *Pues también Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, muerto en la carne, vivificado en el espíritu.*

1 Pe formula todas sus afirmaciones sobre el tema “esperanza y gloria” únicamente para la situación del sufrimiento del inocente.

Cristo es el ejemplo al que apuntan los vv. 13-17 con el macarismo (v. 14): “Dichosos si tenéis que padecer por hacer el bien. No temáis las amenazas ni os dejéis amedrentar

y con la certeza de la esperanza: “Al contrario, = dad culto al Señor, = Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza.” (v. 15)

La conducción a Dios significa la apertura del “acceso”, hasta ahora bloqueado; pero por medio de la vida y la muerte de Cristo se ha abierto.

“Muerto-vivificado” está tomada esta fórmula de una profesión de fe y sugiere, a lo sumo, en forma mediata otro argumento a favor de la “esperanza en el sufrimiento, porque también Cristo padeció”: la esperanza nace de la resurrección en el espíritu. Lo que ocurre (sufrimiento, muerte) en la esfera de la “carne” (cuerpo) no es definitivo; de ello nace la vida en la esfera del espíritu.

El versículo 18 es muy importante, puesto que motiva el comportamiento del cristiano: Cristo, como modelo (el aspecto más desarrollado) y como Salvador (aspecto menos desarrollado; porque se supone) que hace que nuestra esperanza no sea una

utopía, sino una realidad y esto motiva y fundamenta el comportamiento martirial y heroico del cristiano.

Evangelio: Jn 14, 15-21

Solo en este evangelio el Espíritu recibe el nombre de “*Paráclito*” con el significado amplísimo de ayudante, asistente, sustentador, abogado, procurador y, sobre todo, con el de animador e iluminador en el proceso interno de la fe. El Paráclito es “otro”, pero en la misma línea de Jesús. Una persona divina destinada a permanecer con los creyentes.

Jn 14, 15-17 (El primero de los cinco anuncios)

Jn 18-21. Continúa el discurso de Jesús iniciado en Jn 14 1-14. Ahora se trata de la vuelta de Jesús; no de una vuelta lejana, sino próxima, pues Jesús volverá a estar con sus discípulos cuando resucite de entre los muertos. Entonces la presencia del Padre y de Jesús será plena en los que lo aman.

Es muy importante para comprender esta perícopa evangélica tener muy presente la relación “Paráclito” y “Jesús “

En los vv. 15-17 es el Paráclito/ Espíritu el que vendrá a vivir entre y con los discípulos.

En los vv. 18-21 será Jesús el que volverá para estar con ellos. En los vv. 23-24 se dice que el Padre y Jesús vendrán a vivir con los discípulos. Parece cierto, por consiguiente, que se da aquí un esquema triádico que pone en estrecho paralelismo al Espíritu, a Jesús y al Padre.

Suele suponerse que las sentencias sobre la presencia de Dios en y a través del Paráclito son las más tardías). Esta afirmación puede resultarnos iluminadora para comprender el protagonismo del “Paráclito”

Versículos 15-17: La venida del Paráclito

El v. 15 empieza con el requerimiento de amar a Jesús: “*Si me amáis, guardaréis mis mandamientos*” El amor a Dios es un tema bien atestiguado en ambos Testamentos, pero sorprendentemente no ocurre lo mismo con el tema del amor del cristiano a Jesús, que no es muy frecuente; predomina el motivo de la fe en Jesús. Quizá cuando decimos fe, en el fondo también queremos decir amor. El amor a Jesús se menciona principalmente en los libros tardíos del NT. El conocimiento de que el cristiano debe amar a Jesús igual que ama al Padre sería una faceta de un desarrollo teológico gradual debido a que se fue comprobando poco a poco quién era Jesús; aunque esto pueda ser cierto; no podemos negar el hecho de que la exigencia de amor por parte de Jesús encaja perfectamente en el ambiente de alianza del discurso final y de la Última Cena.

Se ha señalado el paralelismo existente entre la exigencia de amor exclusivo por parte de su pueblo que plantea el Dios de la alianza en el Sinaí (Dt 6,5) “*Amarás a Yahveh tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza*” y el

requerimiento de amor exclusivo por parte de Jesús, que es la presencia visible de Dios entre los hombres y que establece una nueva alianza con ellos.

Los vv. 16-17: “Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad”. “El mundo no puede recibirlo porque no le ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis porque vive con vosotros y está con vosotros” constituyen el primero de los cinco pasajes referentes al Paráclito que contiene el discurso final. Aquí nos ocuparemos únicamente de los elementos peculiares del pasaje que ahora comentamos.

Antes de comentarlo estos versículos 16-17, será útil hacer algunas aclaraciones exegéticas.

16. *Os dé.* En Jn 14, 26 se dice que “enviará el Padre”, al Paráclito, pero en 15, 26 y 16, 7 es Jesús el que lo envía. La atribución de este acto al Padre sería la más original. ¿Quién tiene la razón el texto Jn 14,16 o el texto 15, 26? Los dos. Nuevamente recuerdo la relación “Paráclito”, el Hijo y el Padre. En el NT aparece el verbo “dar” asociado frecuentemente al Espíritu Santo, de forma que el término “don” ha llegado a designar al Espíritu .

otro Paráclito : según algunos se entiende la frase en el sentido de un modificativo adjetival de “el Espíritu de la verdad”, que va en el siguiente versículo: “os dé otro Paráclito... el Espíritu de la verdad al que el mundo no puede recibir”. Otro aquí no significa lo que acostumbramos a entender, sino como otra cualidad o dimensión del “Paráclito” .

17 El Espíritu de la verdad. En el pensamiento joánico, el genitivo es objetivo: El Espíritu comunica la verdad: “Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir” (Jn 16, 13). Una de las misiones del Paráclito hace relación a la verdad; así debemos entender “El Espíritu de la verdad”

No lo percibe ni lo conoce. El verbo que aquí significa percibir, *theorein*, puede aplicarse a la visión corporal o a la espiritual. El mundo no puede ver físicamente al Paráclito porque éste no es corpóreo. Pero el mundo tampoco posee la visión espiritual que le permitiría adivinar su presencia en los discípulos.

Lo conocéis. Este verbo y “permanecer”, en el verso siguiente, van en presente; en los demás pasajes relativos al Paráclito, la acción de éste se describe en futuro. Es probable que hayamos de atribuir un valor anticipativo a los presentes; no me alargo en esto, aunque es muy importante. Los evangelistas no son periodistas; es cierto que cuentan; pero pensando, haciendo teología; por lo tanto el valor de los tiempos de los verbos nos pueden despistar; sabremos su significado, viéndolos en su contexto, no ya cronológico, sino teológico.

Porque vive ya entre vosotros. Tampoco en este caso se trata de una causa o razón: *inhabitación y conocimiento* están coordinados. Aquí se dice que el Espíritu de la verdad vive o permanece con los discípulos, mientras que en el v. 16 se hablaba de que el Paráclito estaba con los discípulos.

El “Paráclito”, Jesús y el Padre.

Para poder presentar una exposición detallada de esta Relación: “Paráclito”, Jesús y el Padre; tendríamos que estudiar lo que dice la Primera Carta de San Juan; no podemos detenernos, aunque haremos alguna alusión.

De Jesús se dice en 1 Jn 2, 1: “Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo.” Resulta que aquí el “Paráclito” no es el Espíritu, sino Jesús. Para no desanimarnos diremos que “Paráclito” indica una misión, no una persona. La misión de abogado se aplica al Espíritu Santo; pero también al Hijo.

En cinco pasaje de Jn (14, 15-17.26; 15, 26-27) 16, 7-11.12-14) se atribuye el título de parakletos a alguien distinto de Jesús, que no actúa como intercesor ni se localiza en el cielo. La tradición cristiana identifica esta figura como el Espíritu Santo.

La noción joánica del Paráclito

Nuestra tesis es que Juan presenta al Paráclito como el Espíritu Santo en un cometido especial, concretamente como la presencia personal de Jesús junto a los cristianos mientras el mismo Jesús permanece junto al Padre. Esto es muy importante. Juan no define al Espíritu Santo, sino que presenta un cometido de El: “Paráclito”; el que actúa en nombre de Cristo, haciendo sus veces, desarrollando su papel, especialmente en su ausencia.

Esto no quiere decir que el Paráclito se identifique sin más con el Espíritu Santo. Algunas de las funciones básicas del Espíritu Santo, tales como la regeneración bautismal, la nueva creación o el perdón de los pecados, nunca se atribuyen al Paráclito. Lo cierto es que el autor joánico, al subrayar únicamente determinados rasgos de la obra del Espíritu y al exponerlos en el contexto del último discurso y de la partida de Jesús, trazó una imagen sumamente diferenciada del Espíritu Santo, hasta el punto de que con toda razón pudo dar a la figura resultante un título especial, el “Paráclito”. Juan no trata de presentar la figura del Espíritu Santo, sino una operación del mismo. Creo que esto nos aclara mucho. No obstante, hemos de indicar que la identificación del Paráclito como el Espíritu Santo: “*Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho*” (Jn 14, 26) no es un error de redacción sino una afirmación verdadera, aunque no exhaustiva. El “Paráclito” es el Espíritu Santo; pero Este tiene otras manifestaciones y misiones.

La peculiaridad de la imagen joánica del Paráclito/ Espíritu se centra en torno a la semejanza existente entre el Espíritu y Jesús. Todo cuanto se ha dicho acerca del Paráclito ha sido aplicado virtualmente en otros pasajes del evangelio a Jesús. De aquí comprenderemos los textos del Evangelio del domingo VI del ciclo A.

Hagamos una comparación entre el Paráclito y Jesús.

a) *La venida del Paráclito* (vv. 16-17) El Paráclito vendrá; también Jesús ha venido al mundo. El Paráclito procede del Padre; también Jesús salió del Padre. El Padre dará al Paráclito a Jesús; también el Hijo fue dado por el Padre. El Padre enviará el Paráclito; también Jesús fue enviado por el Padre. El Paráclito será enviado en

nombre de Jesús; también Jesús vino en nombre del Padre; en muchos aspectos el Paráclito es a Jesús lo que Jesús es al Padre.

b) Identificación del Paráclito. Si el Paráclito es el Espíritu de la Verdad, Jesús es la verdad. Si el Paráclito es el Espíritu Santo, Jesús es el Santo de Dios.

En consecuencia, la figura a la que llama Juan “otro Paráclito” viene a ser otro Jesús. Teniendo en cuenta que el Paráclito no puede venir hasta que Jesús se haya marchado, el Paráclito es la presencia de Jesús cuando éste se ausente. La promesa que hace Jesús a los discípulos de permanecer con ellos se cumple en el Paráclito.

No es accidental que al primer pasaje que contiene la promesa del Paráclito formulada por Jn 14, 16-17, siga inmediatamente el versículo que dice: “Volveré”

Versículos 18-21: el retorno de Jesús.

La presencia de Jesús después de su retorno al Padre se realiza en y a través del Paráclito. No se trata de dos presencias, sino de una y misma presencia.

19 Dentro de poco el mundo ya no me verá, pero vosotros si me veréis, porque yo vivo y también vosotros viviréis.

20 Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros.

21 El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él.»

18 *No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros.* (Con mi espíritu: “Paráclito)

De hecho, resulta difícil decir con seguridad qué tipo de inhabitación constituye la base para el “no os dejaré huérfanos”. A pesar de que en la secuencia actual el “volveré” ha de interpretarse probablemente en términos de la venida del Paráclito.

Hemos de preguntarnos por la referencia original de estas palabras si, como es probable, en algún momento fueron independientes de la promesa del Paráclito. Los Padres latinos pensaban que se referían a la parusía prometida en 14, 2-3. El v. 19 implica que esa venida se producirá dentro de poco tiempo, ya que la frase no constituye en realidad una indicación cronológica, y las palabras “aquel día” del v. 20 estarían a favor de la parusía.

Pero en el v. 19 se dice que el mundo no verá a Jesús, y ello no encaja en absoluto con la idea de la parusía. Los Padres orientales en general entendieron que se hacía referencia a las apariciones de Jesús después de la resurrección; en esta interpretación se toma al pie de la letra el “de aquí a poco”

Sin embargo, es obvio que Jesús habla de una presencia continuada, más bien que de las breves apariciones que siguieron a la resurrección; no sólo las palabras “no os dejaré huérfanos”, sino el tono mismo de todas sus observaciones implican una continuidad. En consecuencia, si originalmente estos versículos se referían a la vuelta de Jesús en una serie de apariciones posteriores a la resurrección, fueron

pronto reinterpretadas en los círculos joánicos en el sentido de una presencia permanente y no corpórea de Jesús después de la resurrección. Esta reinterpretación arranca de la convicción profunda de que el verdadero don de la etapa siguiente a la resurrección era una unión con Jesús que ya no habría de depender de su presencia corpórea.

El tema de la última parte del v. 19 *porque yo vivo y también vosotros viviréis*; que la vida de Jesús es base y fuente de la vida cristiana, es doctrina común del NT: “*Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo*” (1 Cor 15, 22).

En el v. 20 Juan da un paso más y propone la idea de que, si los cristianos han recibido la vida de Jesús, habrán de reconocer que se trata de una vida compartida por el Padre y el Hijo. Ya hemos indicado que hay muchas clases de fórmulas referentes a la inhabitación en que quedan implicadas Jesús, el Padre y los discípulos.

A la referencia sobre la inhabitación en el v. 20 sigue en el v. 21 la condición de que ésta depende: guardar los mandamientos de Jesús y de este modo amarle. Los dos primeros versos del v. 21 reafirman a la inversa el v. 15 y muestran que amar y guardar los mandamientos no son otra cosa que dos facetas distintas del mismo estilo de vida. El amor lleva a guardar los mandamientos, mientras que el amor es la sustancia de los mandamientos de Jesús

21 y *el que me ame, será amado de mi Padre;* y yo le amaré y me manifestaré a él.»

Jesús no hace referencia al Paráclito; aunque nos damos cuenta de que está presente su presencia, aunque de una forma disimulada, solapada. La teología acerca del Espíritu todavía no estaba desarrollada lo suficiente, como hemos dicho.

El que me ama, será amado de mi Padre y también del Espíritu Santo (incluyendo la misión de “Paráclito”)

Me manifestaré a él, ¿cómo?; de muchos modos; pero de una forma especial mediante el “Paráclito”.

Concluyendo: No olvidar el paralelismo siguiente:

“Paráclito / Espíritu” por una parte; Espíritu/ Jesús por otra. Jesús hace algunas funciones del Espíritu: como ser “Paráclito”

“Paráclito”/ Espíritu por una parte y Jesús/ Padre por otra. El Paráclito manifiesta al Espíritu. El Hijo manifiesta al Padre.

Por último: proclamar la relación hace dentro y hacia fuera del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El Primer anuncio del Paráclito: Jn 14, 15-17 tiene su noble réplica en la vuelta de Jesús: Jn 14, 18-21.

“*Volveré*”: según los Padres Latinos mediante la Parusía al final de los tiempos; según los Padres griegos mediante las apariciones después de Resucitar; Según la Antigua Teología (también la actual) mediante la Inhabitación por gracia y por amor; según la Teología evolucionada, desarrollada (también actual) mediante la Presencia del Espíritu Santo, que aquí queda como enmarcado en su misión de “Paráclito”

